

El libro de Joel y la Iglesia Adventista del Séptimo Día laodicense - Número treinta y tres

Jeff Pippenger

2026-01-21

Número treinta y tres

En el tiempo de la ley dominical, los ciento cuarenta y cuatro mil se encuentran proféticamente con los obreros de la hora undécima. Los ciento cuarenta y cuatro mil ya han sido sellados, y entonces llaman a que la gran multitud salga de Babilonia y a ponerse de pie junto a ellos en favor del sábado del séptimo día. El juicio de la casa de Dios concluye con la ley dominical, y el juicio pasa entonces a los gentiles, la gran multitud, el otro rebaño de Dios. Apocalipsis siete identifica a ambos grupos, y en el quinto sello los mártires de la Edad Oscura preguntan: «¿Hasta cuándo tardará Dios en juzgar al poder papal por su martirio?» A ellos se les dice que descansen en sus tumbas hasta que se complete un segundo grupo de mártires de la persecución papal, y se les conceden vestiduras blancas. La gran multitud de Apocalipsis capítulo siete viste vestiduras blancas, pues representa al segundo grupo de mártires papales en la inminente crisis de la ley dominical. Apocalipsis siete y el quinto sello abordan estos dos grupos, como también lo hacen las iglesias de Esmirna y Filadelfia. Esmirna representa a los mártires del último baño de sangre papal, y Filadelfia a los ciento cuarenta y cuatro mil.

Pedro está en la tercera hora en Cesarea de Filipo, y después de "seis días", no seis horas, estaría en el umbral de la ley dominical, que es la novena hora.

Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras eran blancas como la luz. Y he aquí, se les aparecieron Moisés y Elías, que hablaban con él. Mateo 17:1-3.

En el momento de la ley dominical, los ciento cuarenta y cuatro mil se encuentran proféticamente con la gran multitud. Elías representa a los ciento cuarenta y cuatro mil que no prueban la muerte, y Moisés representa a los que mueren en el Señor. Están en pie junto a Cristo en la ley dominical, que es donde Cristo unge Su reino de gloria, así como estableció Su reino de gracia en la cruz. Si usted aún sigue la lógica que estamos exponiendo en relación con el período de seis horas desde la tercera hasta la novena hora, entonces es necesario ver algo que constituye una ilustración muy especial.

La tercera hora de Cesarea de Filipo es el alfa del omega de la novena hora de Cesarea Marítima. Estoy señalando que, no seis horas, sino seis días después, Pedro está en el Monte de la Transfiguración, que también ilustra la historia que culmina en la ley dominical, que es la novena hora. El período de seis días se alinea con el período de seis horas, pero solo como un fractal de Cesarea a Cesarea. Lo muy especial es que este fenómeno de un fractal de la historia que está dentro de la historia del período de seis horas es exactamente lo que sucede cuando se considera la

temporada de Pentecostés. Las seis horas desde la muerte de Cristo hasta Pentecostés constituyen un fractal del período desde la cruz hasta el año 34 d. C., cuando concluyó la semana sagrada y el evangelio fue a los gentiles.

Ahora el orgullo y la envidia cerraron la puerta a la luz. Si se daba crédito a los relatos traídos por los pastores y los sabios, ello colocaría a los sacerdotes y rabinos en una posición nada envidiable, refutando su pretensión de ser los expositores de la verdad de Dios. Estos doctos maestros no se rebajarían a ser instruidos por aquellos a quienes llamaban paganos. No podía ser, decían, que Dios los hubiese pasado por alto para comunicarse con pastores ignorantes o con gentiles incircuncisos. Se propusieron mostrar su desprecio por los relatos que estaban inquietando al rey Herodes y a toda Jerusalén. Ni siquiera irían a Belén para ver si estas cosas eran así. Y llevaron al pueblo a considerar el interés por Jesús como una agitación fanática. Aquí comenzó el rechazo de Cristo por parte de los sacerdotes y rabinos. Desde este punto, su orgullo y obstinación crecieron hasta convertirse en un odio arraigado contra el Salvador. Mientras Dios abría la puerta a los gentiles, los dirigentes judíos estaban cerrando la puerta a sí mismos. El Deseo de las Edades, 62.

En medio de la semana sagrada, Cristo fue crucificado. Tres años y medio después, Esteban fue apedreado, y Cornelio mandó llamar a Pedro. Tres años y medio después de la cruz, el tiempo de gracia para el Israel antiguo quedó plenamente concluido. Entonces Esteban miró al cielo y vio a Cristo de pie, lo cual es el símbolo del cierre del tiempo de gracia en Daniel doce, versículo uno. La puerta se cerró para el Israel antiguo y se abrió para los gentiles.

En el período comprendido entre la muerte de Cristo a la hora novena y la muerte de Esteban y el llamamiento de Pedro a la hora novena, Cornelio y Esteban son dos testigos de que se cumplieron los mil doscientos sesenta días proféticos. Desde la hora novena de la muerte hasta la hora novena de la muerte, fueron 1.260 días proféticos. Desde la hora novena de la muerte hasta la hora novena de Pentecostés se identifica un fractal de los 1.260 días, en el lapso de cincuenta y dos días.

El fractal que fue el tiempo pentecostal está al comienzo de esos 1.260 días, y al final de esos días Pedro se halla proféticamente ubicado tanto en la tercera como en la novena hora en Cesarea. Las dos Cesareas representan el alfa y la omega de un período profético de seis horas. Dentro del período profético de seis horas de las dos Cesareas, Pedro viaja durante seis días y llega al Monte de la Transfiguración. El Monte representa el sellamiento que culmina en la ley dominical, que es donde la iglesia triunfante es exaltada por encima de todos los montes. Esos seis días representan el período de seis horas de Cesarea a Cesarea y constituyen un fractal dentro del período, así como el tiempo pentecostal fue un fractal al comienzo de ese mismo período sagrado.

El fractal inicial fue un cumplimiento de las fiestas de primavera asociadas con el tiempo de Pentecostés. El fractal final, desde Cesarea de Filipo hasta el Monte de la Transfiguración, también está proféticamente vinculado con la semana sagrada. En el monte el Padre habló, como lo había hecho en el bautismo de Cristo, y como lo haría poco antes de la cruz. El Padre habló de manera audible tres veces desde el comienzo de la semana sagrada hasta la cruz. Una vez en el bautismo, luego en el Monte de la Transfiguración, y después habló a la sombra de la cruz que se acercaba.

La cruz es el omega de los 1.260 días que se iniciaron en Su bautismo. El bautismo y la cruz son hitos específicos de la semana sagrada de Daniel nueve, identificando así el Monte de la Transfiguración como parte de la semana sagrada. Si el primero y el último se corresponden con los hitos de la profecía de la semana sagrada, entonces el hito intermedio debe, por necesidad profética, hacer lo mismo.

El bautismo es el primer ángel; el Monte de la Transfiguración es el segundo y la cruz es el tercero. En el Monte, Dios identificó a Moisés y a Elías como hitos de la iglesia remanente. La aplicación se articula mediante el triple símbolo de Pedro, Jacobo y Juan. Hubo tres ocasiones en que Jesús llevó consigo a Pedro, Jacobo y Juan. La primera fue la resurrección de la hija de Jairo, la segunda fue la Transfiguración y la tercera fue Getsemaní. La primera vez, Pedro, Jacobo y Juan fueron testigos de una virgen de doce años resucitada.

Y aconteció que, cuando Jesús regresó, el pueblo le recibió con gozo, porque todos le estaban esperando. Y he aquí, vino un hombre llamado Jairo, que era principal de la sinagoga; y, postrándose a los pies de Jesús, le suplicó que entrara en su casa; porque tenía una sola hija, como de doce años, y estaba agonizando. Pero mientras él iba, la multitud le oprimía. Lucas 8:40-42.

El nombre Jairo significa “el iluminador” y “ser luminoso y glorioso”. De las tres ocasiones en que Pedro, Santiago y Juan fueron invitados exclusivos de Cristo, esta fue la primera, y el caso de Jairo representa al primer ángel que ilumina la tierra con su gloria. La virgen de doce años representa a las vírgenes que han de ser resucitadas como los ciento cuarenta y cuatro mil. Cristo llegó a la casa de la hija virgen, tras su interacción con una mujer que padecía un flujo de sangre desde hacía doce años.

Y una mujer que padecía un flujo de sangre desde hacía doce años, que había gastado todo su haber en médicos, y por ninguno había podido ser curada, se acercó por detrás de él y tocó el borde de su manto; y al instante cesó el flujo de su sangre. Lucas 8:43, 44.

Se identifica a una virgen de doce años, y luego, en el versículo siguiente, se identifica a una mujer que padece un flujo de sangre desde hace doce años. La mujer había padecido el flujo de sangre durante toda la vida de la virgen. Jesús estaba a punto de pasar de largo junto a la mujer del flujo de sangre, para alcanzar a la hija virgen. La mujer representa el primer mensaje angélico, según lo representa el mensaje a Laodicea. Cristo estaba a punto de resucitar y levantar a la virgen a la vida, y la mujer enferma, la mujer laodicense, aún tenía una breve oportunidad de tocar la Divinidad. Una niña representa la última generación, y Jesús está pasando de largo junto a una mujer enfermiza, Laodicea, para levantar a la virgen de los postreros días. Cuando la virgen sea resucitada, la mujer habrá sido sanada o habrá sido simplemente pasada de largo.

Una característica del primer ángel es el temor, y hay dos tipos de temor.

Mientras aún hablaba, llegó uno de la casa del principal de la sinagoga, diciéndole: Tu hija ha muerto; no molestes al Maestro. Mas cuando Jesús lo oyó, le respondió, diciendo: No temas; solo cree, y ella será hecha sana. Lucas 8:49, 50.

Entonces Pedro, Jacobo y Juan entran en el aposento donde la resurrección, simbolizada por el bautismo de Cristo, representó la investidura de poder del primero y del tercer ángel. El Monte de la Transfiguración es la segunda ocasión en que Pedro, Jacobo y Juan son testigos. El Monte de la Transfiguración es el segundo ángel, y cuando Cristo llevó a los mismos discípulos a Getsemaní, ello representó al tercer ángel. En la segunda etapa, el Monte de la Transfiguración, hay una "duplicación", porque el hito del Monte es el punto medio de las tres veces que el Padre habló. La primera fue en su bautismo, que se alinea con la resurrección de la doncella de doce años; la segunda fue el Monte, y la tercera fue justo antes de la cruz. Las tres veces que el Padre habló y las tres veces que los tres discípulos fueron a solas con Jesús están vinculadas por el hecho de que el segundo hito en ambas líneas es el Monte de la Transfiguración.

Y cuando llegó a la casa, no permitió que entrase nadie, excepto Pedro, Jacobo y Juan, y el padre y la madre de la niña. Y todos lloraban y se lamentaban por ella; pero él dijo: No lloréis; no está muerta, sino que duerme. Y se burlaban de él, sabiendo que estaba muerta. Entonces los hizo salir a todos, y tomándola de la mano, la llamó, diciendo: Niña, levántate. Y su espíritu volvió, y al instante se levantó; y él mandó que le dieran de comer. Y sus padres quedaron atónitos; pero él les mandó que a nadie dijeran lo que había sucedido. Lucas 8:51-56.

Pedro, Santiago y Juan son testigos del primer ángel en la resurrección de la virgen, que había estado dormida, como Lázaro. Cuando ella despertó, inmediatamente se levantó y se le dio alimento. Cuando Elías y Moisés son resucitados en Apocalipsis 11, inmediatamente se levantan, y luego el Espíritu Santo es derramado sin medida, representando el alimento de la virgen. La Transfiguración en el monte ocurrió seis días después de Cesarea de Filipo, excepto cuando Lucas registra los acontecimientos.

Y aconteció que, como ocho días después de estas palabras, tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió a un monte a orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro se alteró, y sus vestiduras se hicieron blancas y resplandecientes. Y he aquí, dos varones hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías. Lucas 9:28-30.

Mateo y Marcos afirman de manera inequívoca «después de seis días», y Lucas dice «aproximadamente ocho días». Los autores bíblicos emplearon dos cómputos del tiempo: uno llamado inclusivo y el otro exclusivo. A primera vista podría parecer que se trata de contradicciones, pero el hecho de que Lucas dijera «aproximadamente» identifica que hablaba en términos inclusivos, y cuando Mateo y Marcos dicen «después de seis días», están indicando que contaban días completos, y no el día que inició el período de ocho días ni el día que lo concluyó. La diferencia produce dos símbolos numéricos para el mismo período; uno es el número ocho y el otro, seis días.

Lo que se establece con los dos testimonios del período de seis u ocho días, procedentes de Cesarea de Filipo y del Monte de la Transfiguración, es que, en el período en que Cristo sella a los ciento cuarenta y cuatro mil, el número ocho representa a las ocho almas en el Arca de Noé, y el seis representa a la sexta iglesia de Filadelfia, la cual está destinada a ser la iglesia que es la octava, que es de las siete. Ellos son transformados en la octava en la glorificación de Moisés, Elías y Cristo. La glorificación en el monte también está tipificada por la glorificación en el monte en la historia

de Moisés.

Cuando Moisés ascendió al monte, llevó consigo a setenta ancianos y a Josué.

Entonces subieron Moisés, y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y vieron al Dios de Israel; y debajo de sus pies había como un pavimento de piedra de zafiro, y como el mismo cielo en su claridad. Y sobre los nobles de los hijos de Israel no extendió su mano; también vieron a Dios, y comieron y bebieron. Y el Señor dijo a Moisés: Sube a mí al monte, y permanece allí; y te daré tablas de piedra, y una ley, y mandamientos que he escrito, para que los enseñes.

Y se levantaron Moisés y su servidor Josué; y Moisés subió al monte de Dios. Y dijo a los ancianos: Esperadnos aquí hasta que volvamos a vosotros; y he aquí, Aarón y Hur están con vosotros; si alguno tuviere algún asunto que resolver, que acuda a ellos.

Y Moisés subió al monte, y una nube cubrió el monte. Y la gloria del Señor reposó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió seis días; y al séptimo día llamó a Moisés de en medio de la nube. Y la apariencia de la gloria del Señor era como fuego consumidor en la cumbre del monte a los ojos de los hijos de Israel. Y Moisés entró en medio de la nube y ascendió al monte; y Moisés estuvo en el monte cuarenta días y cuarenta noches. Éxodo 24:9-18.

El primer mensaje angélico fue la resurrección de la hija de Jairo, en correspondencia con el bautismo de Cristo. Luego, seis días después, tuvo lugar la Transfiguración en el Monte, que es el segundo ángel, la cual condujo a la cruz, que es el tercer ángel. En su carácter de segundo ángel, el Monte presenta un doble testimonio, pues la voz del Padre en el Monte se vincula con una segunda línea de entre las tres. Las tres ocasiones en que Pedro, Jacobo y Juan fueron admitidos de manera exclusiva por Cristo, y las tres veces que habló el Padre, ambas identifican la segunda manifestación de la voz del Padre; y la segunda vez que Jesús tomó consigo a Pedro, Jacobo y Juan fue el Monte de la Transfiguración. El segundo hito del Monte tiene un doble testimonio de la voz del Padre y de los tres discípulos, pues el segundo mensaje siempre identifica una “duplicación”.

El período de seis horas entre los sacrificios vespertino y matutino, que está representado por los seis días de Mateo y de Marcos desde Cesarea de Filipo hasta el Monte, está representado por los seis días de Moisés, hasta que Moisés es llamado a la nube al séptimo día.

La línea comienza con el tiempo de tardanza del segundo ángel, cuando Moisés instruye a los setenta ancianos a "esperar" hasta que él regrese. Los primeros seis días en la línea están aislados, pero aun así forman parte del conjunto de cuarenta y seis días. Los seis días son un período que conduce a la tercera prueba, representada por cuarenta días. Los cuarenta y seis días simbolizan el templo; los seis días son las seis horas desde la muerte de Cristo hasta Pentecostés, las seis horas desde su crucifixión hasta su muerte, las seis horas de Cesarea a Cesarea y las seis horas de Pedro en el aposento alto hasta el templo. Moisés está recibiendo la Ley del pacto y obteniendo las instrucciones sobre cómo erigir el templo. Aunque la Biblia dice que ningún hombre ha visto a Dios, los ancianos "vieron al Dios de Israel". La glorificación de Dios en el monte con Moisés y los ancianos tipificó la glorificación en el Monte de la Transfiguración. Ambas contienen el período de seis días. La línea de Moisés incluye el tiempo de tardanza del segundo ángel y los cuarenta y seis

días completos que representan el templo. Los cuarenta días en que recibió la Ley representan el sellamiento.

Pedro estaba en Cesarea de Filipo a la tercera hora; a la novena hora iba camino de Cesarea Marítima y, en un plazo de seis a ocho días, está en el Monte, permaneciendo con los setenta ancianos de Moisés, cuando ve una visión del Señor glorificado, como lo hizo Daniel en el capítulo diez. Daniel vio al Señor cara a cara, como también Gedeón y los setenta ancianos. El Monte de la Transfiguración es donde el movimiento laodicense de los ciento cuarenta y cuatro mil se transforma en el movimiento filadelfiano de los ciento cuarenta y cuatro mil. Se convierten en la octava iglesia que es la sexta iglesia; así vemos seis días y ocho días.

Las seis horas desde la crucifixión hasta Su muerte, las seis horas de Pentecostés, las seis horas de Cesarea a Cesarea, los seis días hasta el Monte de la Transfiguración y los seis días de Moisés que condujeron a los cuarenta días constituyen la misma línea. Entre Cesarea de Filipo, que es Panium, y la ley dominical, los ciento cuarenta y cuatro mil son sellados. Ese sellamiento causa una división.

Y sólo yo, Daniel, vi la visión: pues los hombres que estaban conmigo no vieron la visión; sino que los sobrecogió un gran espanto, de modo que huyeron para esconderse. Daniel 10:7.

Moisés se separó de los ancianos cuando dijo: «Esperadnos aquí hasta que volvamos a vosotros». Moisés se separó de los setenta en el tiempo de espera, y setenta semanas representan un período probatorio para el pueblo del antiguo pacto. Cuando concluyó la septuagésima semana —y esa septuagésima semana fue la semana sagrada en la que Cristo confirmó el pacto con muchos—, Cristo entonces se separó por completo del pueblo del antiguo pacto. El período en que el pueblo del antiguo pacto podía resolver su cuestión de sangre —que para ellos consistía en creer que eran salvos por la sangre de Abraham— concluyó, y la doncella de doce años fue resucitada para servir. Una vez que comenzó el tiempo de espera, Moisés recibió la ley del pacto y las instrucciones para levantar el templo.

Cuando Pedro, Santiago y Juan se hallaban en el Monte, el sellamiento del pueblo de Dios y su posterior elevación como estandarte representan a ese pueblo del pacto como el templo de los ciento cuarenta y cuatro mil. Los obreros de la undécima hora son entonces incorporados a ese templo.

Así dice el Señor: Guardad el derecho y haced justicia, porque cercana está mi salvación para venir, y mi justicia para ser revelada. Bienaventurado el hombre que hace esto, y el hijo de hombre que se aferra a ello; que guarda el sábado sin profanarlo, y guarda su mano de hacer mal alguno. Y no diga el hijo del extranjero que se ha unido al Señor: El Señor me ha separado del todo de su pueblo; ni diga el eunuco: He aquí, soy árbol seco. Porque así dice el Señor a los eunucos que guardan mis sábados, y eligen lo que me agrada, y abrazan mi pacto: Aun a ellos les daré en mi casa y dentro de mis muros un lugar y un nombre mejores que los de hijos e hijas; les daré un nombre eterno, que no será cortado. Y a los hijos del extranjero que se unen al Señor para servirle y para amar el nombre del Señor, para ser sus siervos, a todo el que guarda el sábado sin profanarlo y se aferra a mi pacto; a estos yo los traeré a mi monte santo y

los alegraré en mi casa de oración: sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos.

El Señor Dios, que reúne a los desterrados de Israel, dice: Aún reuniré a otros con él, además de los que ya se han reunido con él. Isaías 56:1-8.

Pedro, Santiago y Juan, así como Moisés, representan a los "expulsados de Israel", que son echados fuera por sus hermanos que los aborrecían.

Así dice el Señor: El cielo es mi trono, y la tierra es el escabel de mis pies; ¿dónde está la casa que edificáis para mí? ¿Y dónde está el lugar de mi reposo?

Porque mi mano hizo todas esas cosas, y todas ellas llegaron a existir, dice el Señor; pero a este miraré: al pobre y contrito de espíritu, que tiembla ante mi palabra. El que mata un buey, como si matase a un hombre; el que sacrifica un cordero, como si cortase el cuello a un perro; el que ofrece una oblación, como si ofreciese sangre de cerdo; el que quema incienso, como si bendijese a un ídolo. Ciertamente, han escogido sus propios caminos, y su alma se deleita en sus abominaciones. También yo escogeré sus engaños, y traeré sobre ellos sus temores; porque cuando llamé, nadie respondió; cuando hablé, no oyeron; sino que hicieron lo malo delante de mis ojos, y escogieron aquello en lo que yo no me complacía.

Oíd la palabra del Señor, vosotros que tembláis ante su palabra; vuestros hermanos que os aborrecían, que os expulsaron por causa de mi nombre, dijeron: Sea el Señor glorificado; pero él se manifestará para regocijo vuestro, y ellos serán avergonzados. Isaías 66:1-5.

La palabra "gozo" aparece numerosas veces y de diversas maneras en las Escrituras, al igual que el término "vergüenza". En el contexto del mensaje de Pedro tomado del libro de Joel, la oposición entre vergüenza y gozo constituye un paralelo, como entre los sabios y los necios o entre el trigo y la cizaña. La vergüenza y el gozo representan, en el contexto de Joel, a los que tienen el aceite, o el mensaje de la lluvia tardía, frente a los que no lo tienen. Sólo cuando se advierte este detalle se puede acceder al sentido más profundo de: "Vuestros hermanos que os aborrecen y os echan fuera por causa de mi nombre". Esos hermanos son aquellos que, en Spalding y Magan, páginas uno y dos, son los "adventistas nominales, como Judas", que nos "entregarán a los católicos", "porque nos aborrecían a causa del sábado, pues no podían refutarlo". Vuestros hermanos que os aborrecen os echan fuera a causa del mensaje del sábado de la tierra, las siete veces de Moisés, que no puede ser refutado. El punto aquí es que os echan fuera por una controversia doctrinal, un debate, como lo llama Isaías, y la controversia doctrinal es el mensaje de la lluvia tardía.

Joel llama a ese mensaje "vino nuevo", y si tienes ese mensaje, tienes gozo. Si no lo tienes, despiertas como los borrachos de Joel para descubrir que el vino nuevo te ha sido quitado de la boca. En ese punto quedas, proféticamente, "avergonzado". La clase que tiene aceite tiene gozo, y la clase que no tiene aceite queda avergonzada. El aceite es también vino nuevo, y está asociado con el gozo. Por eso Isaías dice: "Oíd la palabra del Señor". Una clase elige oír, y la otra no atiende al sonido de la trompeta. Isaías identifica específicamente a la clase que oye cuando declara: "los que tiemblan ante su palabra". El Señor reúne a los que han sido expulsados a causa del mensaje que llegó el 11 de septiembre, y, en la ley dominical, reúne a los eunucos de Isaías, que son

representados como árboles secos. Si se aferran al pacto, ya no estarán separados del monte santo de Dios.

Un eunuco o un árbol seco representa la muerte. Un eunuco no puede procrear, y un árbol seco no tiene vida. La promesa es que si esos gentiles, o obreros de la hora undécima, aceptan el Pacto representado por el Sábado, tendrán hijos e hijas. Primero Él reúne a los dispersos de Israel, luego levanta a esos dispersos como estandarte y después reúne a Su otro rebaño. La primera y la segunda congregación representan el período que va desde el 11 de septiembre hasta la ley dominical, cuando tiene lugar la aspersion del Espíritu Santo, y también el período desde la ley dominical hasta que Miguel se levante y la lluvia tardía sea derramada sin medida. En ambos períodos la lluvia tardía es un mensaje que, si se posee, trae gozo, y si no se posee, trae afrenta.

El Evangelio según Mateo se divide en tres líneas que representan a los tres ángeles de Apocalipsis 14. Cada una de las tres líneas también contiene fractales de los tres ángeles. La segunda línea, del capítulo once al capítulo veintidós, constituye el centro, pues es el segundo ángel, el cual está situado entre el primero y el tercero. El Evangelio según Mateo es en sí mismo una línea central cuando consideramos los capítulos once al veintidós en el contexto de los capítulos del pacto de Génesis y Apocalipsis.

El centro de los doce capítulos de la alianza corresponde a Mateo, y la línea central de las tres líneas de Mateo se halla en esos mismos doce capítulos. El centro de esos doce capítulos es el sellado de los ciento cuarenta y cuatro mil. Ese punto central está representado por tres versículos, que se alinean con los tres versículos centrales de los doce capítulos de la alianza de Génesis y Apocalipsis.

Pedro es el punto central del punto central del punto central, y representa a la primera y la última esposa cristiana. Esa es la firma de Alfa y Omega. Palmoni también puso Su firma sobre el cambio de nombre de Pedro, cuando Él diseñó el enigma del nombre de Peter en inglés. Jesús habló a Pedro en hebreo, y la conversación fue registrada en griego y posteriormente vertida al inglés. En inglés, Palmoni nombró a Peter utilizando la decimosexta letra del alfabeto inglés, seguida de la quinta, seguida de la vigésima, seguida de la quinta y seguida de la decimoctava, plenamente consciente de que, cuando Él, como Palmoni, creó el nombre, este habría de pasar del hebreo al griego y al inglés. También diseñó que el nombre en inglés permitiera un enigma de multiplicar esas cinco letras para alcanzar el número ciento cuarenta y cuatro mil. Palmoni, quien es también el primero y el último, dispuso que la primera y la última de esas cinco letras inglesas que componen el nombre Peter fueran la decimosexta y la decimoctava, porque el nombre Peter debía aparecer en Mateo 16:18.

Con todo lo dicho acerca de Pedro, todavía debemos abordar la “proporción áurea”. La proporción áurea está representada por Mateo 16:18, pues la razón es 1.618. La proporción áurea se asocia con los fractales de la naturaleza, y cuando Palmoni sitúa a Pedro en Mateo 16:18, Palmoni identifica que la llave profética que se coloca sobre el hombro de Eliakim en Isaías 22:22, y las llaves proféticas que se entregan a Pedro y a la iglesia en el pasaje, incluyen fractales proféticos.

El intervalo desde Cesarea de Filipo a la hora tercera hasta Cesarea Marítima a la hora novena representa un fractal de la hora tercera, cuando Cristo fue crucificado, hasta la hora novena en que Cornelio envió por Pedro. El período pentecostal, desde la hora tercera de la crucifixión hasta Pedro en el templo, en Pentecostés, a la hora novena, es un fractal de los 1.260 días desde la cruz hasta Cornelio. Las tres veces que el Padre habló son un fractal de los tres ángeles, como también lo son las tres veces que Jesús tomó únicamente a Pedro, Jacobo y Juan. La información profética codificada en los versículos donde Pedro ilustra a los ciento cuarenta y cuatro mil es tan profunda como cualquier verdad lo ha sido jamás, y, sin embargo, todavía no hemos ubicado a Pedro en Panium en Daniel 11.

Continuaremos este estudio en el próximo artículo.

Pedro, apóstol de Jesucristo, a los extranjeros dispersos en Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre, en santificación del Espíritu, para obediencia y aspersion de la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas. Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que, conforme a su abundante misericordia, nos hizo renacer para una esperanza viva mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para salvación preparada para ser revelada en el último tiempo.

En lo cual os regocijáis grandemente, aunque ahora, por un poco de tiempo, si es necesario, estéis afligidos por diversas pruebas; para que la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro que perece, aunque éste sea probado con fuego, sea hallada para alabanza, honra y gloria en la manifestación de Jesucristo; a quien, sin haber visto, amáis; en quien, creyendo, aunque ahora no lo veáis, os regocijáis con gozo inefable y lleno de gloria; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas.

Acerca de la cual salvación han inquirido y escudriñado diligentemente los profetas, que profetizaron acerca de la gracia que había de venir a vosotros; indagando qué, o qué clase de tiempo, indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, cuando testificaba de antemano los padecimientos de Cristo y la gloria que había de seguir. A quienes les fue revelado que no para sí mismos, sino para nosotros ministraban estas cosas, que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio con el Espíritu Santo enviado desde el cielo; cosas en las cuales los ángeles anhelan mirar.

Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios y poned completamente vuestra esperanza en la gracia que se os traerá en la revelación de Jesucristo; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais en vuestra ignorancia; sino que, así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos; porque yo soy santo.

Y si invocáis como Padre a aquel que, sin acepción de personas, juzga conforme a la obra de cada uno, conducíos en temor durante el tiempo de vuestra peregrinación aquí; sabiendo que fuisteis redimidos no con cosas corruptibles, como plata y oro, de vuestra vana manera de vivir recibida por tradición de vuestros padres, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un

cordero sin mancha y sin defecto; el cual, a la verdad, fue destinado de antemano antes de la fundación del mundo, pero manifestado en estos postreros tiempos por causa de vosotros, que por medio de él creéis en Dios, quien le resucitó de entre los muertos y le dio gloria, para que vuestra fe y esperanza estén puestas en Dios. Habiendo purificado vuestras almas en la obediencia a la verdad por medio del Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros con un corazón puro, fervientemente; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios, que vive y permanece para siempre. Porque toda carne es como la hierba, y toda la gloria del hombre como la flor de la hierba. La hierba se seca, y su flor cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada. 1 Pedro 1:1-25.